

biertas, y todos los demás amigos con el pelo suelto y vestidos de luto.

Si el difunto era ilustre, se conducía primero el cadáver á la plaza, y desde una columna que llamaban *de las arengas*, un hijo ó pariente pronunciaba una oración fúnebre en elogio de sus virtudes. Tan antiguos así son los sermones de honras.

Después de esto, se conducía el cadáver al sepulcro, sobre cuyo lugar hubo variación. Algún tiempo se conservaban los cadáveres en las casas de los hijos. Después, viendo lo perjudicial de este uso, se estableció por buen gobierno que se sepultasen en despoblado, y ya desde entonces procuraba cada uno labrar sepulcros de piedra para sí y su familia.¹ Lo mismo observaron los griegos, con excepción de los lacedemonios. Los pobres que no podían costear este lujo, se enterraban como en todas partes, en la tierra pelada.

Después se acostumbió quemar á los héroes difuntos. Para esto ponían el cadáver sobre la pira² que era un montón bien elevado de leña seca, la que rociaban con licores y aromas olorosos, y los parientes le pegaban fuego con las hachas que llevaban en-

¹ ¡Bella providencia! que hemos visto imitada en México desde la peste de 1813, aboliéndose el envejecido abuso de sepultarse los cadáveres en las iglesias, y dándoles sepulcros en los campos santos suburbios, conforme á las determinaciones de los Concilios. ¡Ojalá no se olvide, ni haya sus infracciones toleradas ó impunes!

² Esta costumbre remeda nuestras piras. Por esto se hacen elevadas, se colman de luces, se adornan con jarras que despiden aromas olorosos, se colocan los bustos de los difuntos en sus cúpulas, y se ponen con las insignias de sus empleos.

cendidas, volviendo en aquel acto las caras á la parte opuesta.

Mientras ardía el cadáver, los parientes echaban al fuego los adornos y armas del difunto, y algunos sus cabellos en prueba de su dolor.

Consumido el cadáver, se apagaba el fuego con agua y vino, y los parientes recogían las cenizas y las colocaban en una urna entre flores y aromas. Después el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos, y al retirarse, decían todos en alta voz: *Æternum vale, ó que te vaya bien eternamente*, cuyo buen deseo explica mejor nuestro *requiescat in pace, en paz descanse*. Hecho esto, se colocaba la urna en el sepulcro, y grababan en él el epitafio, y estas cuatro letras S. T. T. L., que querían decir: *Sit tibi terra levis, séate la tierra leve*, para que los pasajeros desearan su descanso. Entre nosotros se ve una cruz en un camino, ó un retablito de algún matado en una calle, á fin de que se haga algún sufragio por su alma.

Concluída la función, se cerraba la casa del difunto, y no se abría en nueve días, al fin de los cuales se hacía una conmemoración.

Los griegos cerca de la hoguera ó pira ponían flores, miel, pan, armas y viandas... ¡Ay! ofrendas, ofrendas de los indios, ¡qué antiguo y supersticioso es vuestro

origen! ¹ Toda la función se concluía con una comida que se daba en casa de algún pariente. Hasta esto imitamos, acordándonos que los duelos con pan son menos.

¿Y acaso sólo los griegos y romanos hacían estos extremos de sentimiento en la muerte de sus deudos y amigos? No, hijos míos. Todas las naciones y en todos tiempos han expresado su dolor por esta causa. Los hebreos, los sirios, los caldeos y los hombres más remotos de la antigüedad, manifestaban su sensibilidad con sus finados, ya de uno, ya de otro modo. Las naciones bárbaras sienten y expresan su sentimiento como las civilizadas.

Justo es sentir á los difuntos, y en los libros sagrados leemos estas palabras: «Llora por el difunto, porque ha faltado su luz ó su vida.» *Supra mortum plora, defecit enim, lux ejus.* (Eccl., cap. 22, v. 10). Jesucristo lloró la muerte de su querido Lázaro, y así sería un absurdo horroroso el llevar á mal unos sentimientos que inspira la misma naturaleza y blasfemar contra las demostraciones exteriores que los expresan.

Así es que yo estoy muy lejos de criticar ni el sentimiento ni sus señales; pero en la misma distancia me hallo para calificar por justos los abusos que notamos en

¹ Todavía hay pueblos donde los indios ponen á sus muertos un *itacate*, que es un envoltorio con cosas de comer, y algunos realillos. En otros, á más de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual superstición. En otro lugar diremos quiénes sostienen estos abusos.

éstas, y creo que todo hombre sensato pensará de la misma manera; porque ¿quién ha de juzgar por razonables las *lloronas* alquiladas de los romanos, ni los *fletes* que ponían á sus muertos en la boca? ¿Quién no reirá la tontería de los coptos, que en los entierros corren por las calles dando alaridos en compañía de las *plañideras*, echándose lodo en la cara, dándose golpes, arañándose, con los cabellos sueltos y representando todo el exceso de unos furiosos dementes? ¿Quién no se horrorizará de aquella crueldad con que en otras tierras bárbaras se entierran vivas las viudas principales de los reyes ó mandarines, etc.?

Todos, á la verdad, criticamos, afeamos y ridiculizamos los abusos de las naciones extranjeras, al mismo tiempo que, ó no conocemos los nuestros, ó si los conocemos no nos atrevemos á desprendernos de ellos, venerándolos y conservándolos por respeto á nuestros mayores, que así los dejaron establecidos.

Tales son los abusos que hasta hoy se notan en orden á los pésames, funerales y lutos. Luego que muere el enfermo entre nosotros se dan sus alaridos, regularmente para manifestar el sentimiento. Si la casa es rica, es lo más usado despachar al muerto al depósito; pero si es pobre, no se escapa el *velorio*. Este se reduce á tender en el suelo el cadáver, ya amortajado en medio de cuatro velas, á rezar algunas estaciones y rosarios, á

beber dos chocolates, y, para no dormirse, á contar cuentos, y á entretener el sueño con boberías, y quizá con criminalidades. Yo mismo he visto quitar créditos y enamorar á la presencia de los difuntos. ¿Si serán estas cosas por vía de sufragios?

Algún tanto calman los gritos, llantos y suspiros en el intermedio que hay desde la muerte del deudo hasta el acto de sacarlo para la sepultura. Entonces, como si un cadáver nos sirviera de algún provecho, como si no nos hicieran un gran favor con sacarnos de casa aquella inmundicia, y como si al mismo muerto lo fueran á descuartizar vivo, se redobra el dolor de sus deudos, se esfuerzan los gritos, se levantan hasta el cielo los ayes, se dejan correr con ímpetu las lágrimas, y algunas veces son indispensables las pataletas y desmayos, especialmente entre las dolientes bonitas; ¹ unas veces originados de su sensibilidad, y otras de sus mone-rías. Y cuidado que hay muchachas tan diestras en fingir un acceso epiléptico que parece la mera verdad. Por lo común son unos remedios eficaces para hacer volver á algunas los consuelos y los chiqueos de las personas que ellas quieren.

Dejaremos á los dolientes en su zambra de gritos y desmayos, mientras observamos el entierro.

¹ Yo he observado que estos males casi nunca acometen á las viejas ni á las feas. Los médicos acaso sabrán la causa de este fenómeno, y sabrán por qué á una muchacha que conocí no le daba su mal cuando tenía las medias sucias.

Si el muerto es rico, ya se sabe que el fausto y la vanidad lo acompañan hasta el sepulcro. Se convida para el entierro á los pobres del Hospicio, los que con hachas en las manos acompañan ¡cuántas veces! los cadáveres de aquellos que cuando vivos aborrecieron su compañía.

No me parece mal que los pobres acompañen á los ricos cuando muertos; pero sería mejor, sin duda, que los ricos acompañasen á los pobres cuando vivos, esto es, en las cárceles, en los hospitales y en sus chozas miserables; y ya que por sus ocupaciones no pudieran acompañarlos ni consolarlos personalmente, siquiera que los acompañara su dinero aliviándoles sus miserias. Aquel dinero, digo, que mil veces se disipa en el lujo y en la inmoderación. Entonces sí asistirían á sus funerales, no los pobres alquilados, sino los socorridos. Estos irían sin ser llamados, llorando tras el cadáver de su bienhechor. Ellos, en medio de su aflicción, dirían:— Ha muerto nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro tutor y nuestro todo. ¿Quién nos consolará? ¿Y quién sustituirá el lugar de este genio benéfico?

Ésta sí fuera asistencia honrosa, y los mayores elogios que pudieran lisonjear el corazón de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, honran sus cenizas, perpetúan la memoria

de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con más solidez, verdad y energía que toda la pompa, vanidad y lucimiento del entierro. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres!

Volvamos al entierro. Siguen metidos dentro de unos sacos colorados, unos cuantos viejos que llaman trinitarios; después van algunos eclesiásticos, y con ellos otros muchos monigotes al modo de clérigos; á esta comitiva sigue el cadáver y tras él una porción de coches.

La iglesia donde se hacen las exequias está llena de blandones con cirios, y la tumba magnífica y galana. La música es igualmente solemne aunque fúnebre.

Durante la vigilia y la misa, que para algunos herederos no es de *requiem* sino de *gracias*, no cesan las campanas de aturdirnos con su cansado clamoreo, repitiéndonos

Que ese doble de campana
No es por aquel que murió,
Sino porque sepa yo
Que me he de morir mañana.

Bien que de esta clase de recuerdos deben aprovecharse especialmente los ricos, pues estos dobles sólo

por ellos se echan y les acuerdan que también son mortales como los pobres, por los que no se doblan campanas, ó si acaso es poco y de mala gana; y así los pobres son en la realidad *los muertos que no hacen ruido*.

Se concluye el entierro con todo el fausto que se puede, ó que se quiere, cuidándose de que el cadáver se guarde en un cajón bien claveteado, forrado y aun dorado (como lo he visto), y tal vez que se deposite en una bóveda particular, ya que los mausoleos son privados á los príncipes, como si la muerte no nos hiciera á todos iguales, verdad que atestigua Séneca diciendo en la ep. 102, *que la ceniza iguala á todos*. ¿Quién distinguirá las cenizas de César ó Pompeyo de las de los pobres villanos de su tiempo?

Toda esta bambolla cuesta un dineral, y á veces en estos gastos, tan vanos como inútiles, se han notado abusos tan reprensibles que obligaron á los gobernantes á contenerlos por medio de las leyes, mandando éstas que siendo los gastos de los funerales excesivos, atendidos los haberes y calidad del difunto, los modifique el juez del respectivo domicilio.

Entra aquí la grave dificultad para saber cuándo no hay exceso en estos gastos. Confieso que será muy rara la vez que el juez pueda decidir en este caso, porque casi siempre le faltarán los conocimientos interiores del